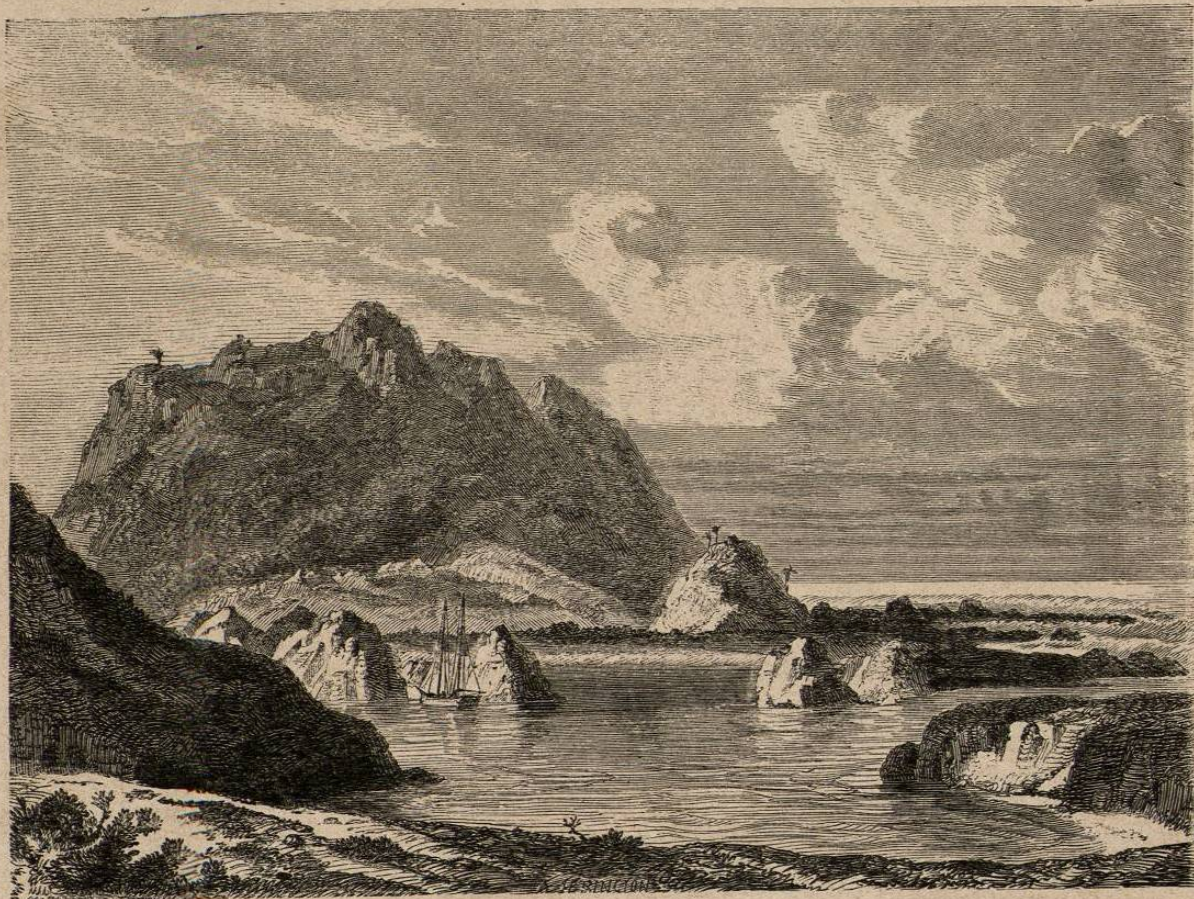


de extraño aspecto, una recua de mulas cargadas que vienen de Tepic ó llevan á esta ciudad los productos de la Europa depositados en San Blas.

Un camino ancho y bello al través de un pais ondulante y sobre un suelo pedregoso, nos condujo á Tepic, donde hicimos nuestra entrada en medio de un pueblo silencioso que la solemnidad del dia de la Asuncion tenia desocupados para nuestra mortifica-

cion. Por lo demás, solo una curiosidad benévola se revelaba en todos los semblantes.

Tepic es una bella ciudad, la segunda del Estado: sus plazas y principales avenidas están plantadas de árboles; tiene paseos agradables y magníficos jardines particulares. Su poblacion es de unos ocho ó diez mil habitantes, segun dicen; pero no lo parece, porque las calles están desiertas y entre las piedras del



La Bella en el fondeadero de San Benito.

piso hay yerba. Es Versailles, la Versailles actual, menos su castillo y su guarnicion, pero alegre bajo los tibios halagos de un bello sol que no ha visitado jamás la capital de *Sine-et-Oise*.

La falta de tiendas entra por mucho en este aire de abandono: el comercio al por menor en las ciudades españolas de América, está ordinariamente concentrado en un solo punto, una calle ó una plaza, bajo portales ó arcos: fuera de aquí, es raro ver en el ángulo de dos calles la palabra *vinatería*, ó la de *tienda de abarrotes*, trazada con gruesas letras encima de una puerta, para indicar una taberna ó una abacería.

De vez en cuando un coche del siglo XVI, tirado

por mulas casi siempre, turba el silencio de esta Tebaida: nada de carros, ni omnibus, ni saltimbanquis, ni músicos, ni ninguna otra clase de industriales al aire libre, que animan nuestras calles y plazas. En alguna esquina ó en las gradas de una iglesia se ve una fila de vendedoras de tortillas sentadas en sus talones y cubiertas con el rebozo que esperan, cantando en tono bajo y rítmico, que los parroquianos hayan variado el *chiquihuite* ó canasto que contiene sus mercancías.

La vendedora de tortillas es un tipo comun en Méjico donde la tortilla es un alimento nacional que suple el pan. La tortilla es una pasta de harina de maiz muy delgada y seca de gusto desabrido. Hay, sin em-

bargo panaderos en todas las ciudades; pero no hacen pan ordinario mas que para los forasteros: para la gente del pais fabrican una multitud de panecillos de capricho, de los que se cuentan nada menos que ochenta especies que tienen sus distintos nombres, y que podrian designarse con el nombre de mantecadas, porque en su fabricacion entra siempre manteca y casi siempre azúcar. Los mejicanos hacen gran consumo de ellas con sus tazas de chocolate muchas veces repe-

tidas en el trascurso del dia, á título de almuerzo, merienda ó cena. Pero la tortilla acompaña ordinariamente á las comidas sustanciales y la clase pobre no come otro pan.

Hay alguna animacion alrededor del mercado, donde mis facciones de proveedor me llamaban sin cesar. Bajo cobertizos de madera, parecidos á los que acaban de demolerse en frente de San Eustaquio en París, se hallan reunidos los productos de las dos



Plaza de armas de Guadalajara.

zonas, frutas y legumbres; poco pescado, porque la pesca está bastante abandonada en estos mares; poca caza tambien, por mas que abunde en los inmediatos bosques y no esté prohibida: vaca, carnero, tocino: hé aquí la carne. La vaca valia un real. Criado en libertad y en un estado medio salvaje, este animal tiene una carne dura, correosa, y despues de todo mal desagrada: asi que los ricos y los extranjeros no comen mas que la lengua: el resto es destruido para el consumo sin distincion de personas.

Tepic fue fundada en 1531 por Nuño de Guzman, uno de los capitanes de Cortés que acababa de conquistar toda esta region. Bautizóla con el nombre de

*Ciudad del Espiritu Santo de Tepic*, lo que deja suponer que ya llevaba este último nombre.

La situacion de Tepic está felizmente escogida en medio de un fértil valle, rodeada de montañas y á 885 metros sobre el nivel del mar. Su clima es sano, es el de la zona templada.

Es oportuno decir que Méjico está dividido en tres distintas zonas, designadas con los nombres de tierra caliente, tierra templada, y tierra fria. La latitud no entra por nada en esta division, sino la mayor ó menor elevacion del terreno sobre el nivel del mar.

La tierra caliente está reducida al litoral de los dos Océanos, faja estrecha, que se estiende hasta el pic



de las montañas; comprende tambien una parte de las concas del rio Gila y del rio Norte.

La tierra templada comprende las faldas de las cordilleras, bajo 2,000 metros, elevacion media de la gran meseta que forma la tierra fria.

Esta tierra calificada de fria, tiene la temperatura media de la Lombardia, con menos variaciones, sin embargo, es decir, estíos menos cálidos é inviernos menos frios. No obstante, algunos distritos montuosos justifican bien aquel epíteto.

Este feliz capricho de la naturaleza favorece en Méjico la vegetacion de los productos de todas las zonas.

En Tepic hay algunas manufacturas: la mas importante es la de Torbes para la hilandería de algodones y tejidos de telas llamadas mantas, que sirven exclusivamente para vestir á la infima clase de Méjico.

Se fabrican tambien muchos cigarros, y aun se fabricarian mas á no estar estancado este ramo. El tabaco es originario de Méjico: Motezuma lo fumaba mezclado con la olorosa resina del liquidambar. El partido de Tepic, lo mismo que los de Autlan, Agucatlan y Acacaponeta, que colindan, produce un tabaco justamente estimado, pues sus cigarros no ceden en nada á los de la Habana.

Por desgracia el estanco ahoga este comercio que podria contribuir tan poderosamente á la riqueza nacional. El cultivo de esta planta está restringido á algunos distritos y á la cantidad necesaria para el consumo local por una ley que prohíbe su esportacion bajo cualquier forma que sea, fuera del distrito productor.

Pero no es esto solo; si la fabricacion es limitada, la provision del consumidor lo es igualmente. Nadie puede tener en su casa mas de doscientos cigarros. La administracion hace visitas domiciliarias, á las cuales puede sustraerse, sin embargo la aristocracia, sobornando á los empleados.

El estanco es un arrendamiento y los arrendatarios, que son por lo comun extranjeros, muy solícitos de sus intereses personales, hallan un provecho mas inmediato y sobre todo mas garantías contra la concurrencia, en importar el tabaco, que en favorecer su cultivo en el interior.

Otros piensan lo mismo respecto del algodón; y este desgraciado pais está asi privado de dos ramos de industria, que bastarian por sí solos para enriquecerlo.

El edificio que servia de prision á nuestros hombres, era lo que se llama en Méjico un meson, palabra sinónima de posada, mas comun en España y que significa una hostería en las tradiciones de la edad media. Era una vasta construccion, tras de la cual se extendia un patio inmenso, trasformado durante el

dia en un verdadero mercado, en que solo estaban proscriptos los licores. Las sandías, las chirimoyas, los plátanos, los limones, las naranjas á tres al cuarto, los goyavos, los aguacates, palabra que se ha trasformado no sé cómo en la de *avocat* en nuestras colonias y otra multitud de frutos figuraban por montones. Vendíanse tambien tortillas, mantecadas, y se hacian guisos de carne con *chile*, pimienta dulce que es el condimento obligado de todo guiso mejicano.

Los prisioneros gastaban allí el poco dinero que les restaba y vivian tan contentos como se puede ser en prision. Los oficiales mejicanos se mostraban muy benévulos y los trataban con mas miramientos que á sus propios soldados, á los cuales prodigaban cachetes y aun sablazos de plano por cualquier motivo.

Por lo demás, nosotros vivíamos en la mayor indolencia, gozando de tan bella naturaleza y esperando de dia en dia la libertad. Yo rehusé muchas veces las ocasiones de huir que se me ofrecieron. Ignorábamos aun que un decreto del dictador imponia á nuestros hombres diez años de presidio, y condenaba particularmente á muerte á los que, como yo, habian ido con Mr. Rausset.

Salida de Tepic.—Atascaderos.—Talisco.—San Leonel.—El Monte de los Cuartos.—Santa Isabel.—Teticlan.—Indios Pintos.

Mas allá de Tepic, el pais es accidentado; el camino solo está trazado por los pasos y destruido en muchos parajes por las lluvias de la estacion, presenta charcos de agua fangosa llamados enérgicamente atascaderos. El pueblillo del Platanar se halla en este camino, oculto entre las hojas de los plátanos de que toma su nombre. A alguna distancia de aquí desembocamos á un valle de tristísimo aspecto: montañas de falda prolongada, formando una dulce curva de tierra generalmente rojiza, sin sombras ni matices. No parece sino que Hércules tendiera aquí para hacer su lecho, la gigantesca piel del leon de Nemea: ni un árbol, ni una piedra, ni un barranco, ni una choza, nada, en fin, que indicase las vastas proporciones de este anfiteatro, cuyos muros parecen estar al alcance de la mano. Sin embargo, el ayudante Pesquera me hace ver en un lejano vapor un grupo de árboles dominados por un campanario: es la ciudad de Jalisco. Esto basta para rectificar mis nociones de óptica y hacerme comprender que tengo á la vista una escena inmensa, cuya estrañeza recuerdo aun.

Jalisco ó Xalisco del radical *xalli*, arena, era el nombre primitivo de esta árida comarca, el que tenia entre los indios antes de la conquista. La ciudad se tiene por el punto mas sano de los alrededores, y es un sitio de convalecencia para los enfermos de Tepic,

de que solo dista 4 ó 5 leguas. Su poblacion es de dos á tres mil almas, y celebra anualmente una feria de alguna importancia.

Mas allá de las montañas se estiende hasta un lago que resplandece en lontananza, una llanura pantanosa que atraviesa una calzada: alturas cubiertas de bosque forman el marco del cuadro. A uno y otro lado de la calzada en toda la superficie del aguazal; el terreno está revuelto como si hubiera sido cavado por titanes, porque ninguna fuerza humana podria levantar los enormes y angulosos montones de endurecida turba, negra como ulla. Este desierto húmedo y sombrío á pesar de un sol espléndido cuyos rayos absorbe, causa una impresion penosa.

El pueblo de San Leonel, donde hemos de pasar la noche, está situado en una eminencia pedregosa, algunas cabañas agrupadas alrededor de una vieja iglesia sin carácter y un meson bastante limpio, componen este pueblo. La gente del lugar estaba alarmada: la cuadrilla de saltadores de que hablé anteriormente habia pasado por allí la víspera, y en el botín se llevaron algunas jóvenes casaderas.

El dia siguiente parto yo solo á pie ante la columna, prestando mi caballo á un despeado, por no haber suministrado la requisicion el suficiente número de animales. Mr. Guilhot queda con la tropa á fin de calmar algunos síntomas de descontento que se manifestaran la víspera y la mañana siguiente.

Camino acompañado de un grupo de mujeres unidas á nuestra escolta: la mayor parte de los soldados están casados, ó á lo menos viven en union ilegítima, porque el matrimonio es un lujo que el pobre indio se procura muy difícilmente.

En Méjico no hay matrimonio civil, y la bendicion religiosa es cara: su precio varia de 15 á 25 pesos, segun las parroquias, lo que representa dos ó tres meses de trabajo á lo menos para uno de estos proletarios. Asi la mayor parte de ellos esperan para presentarse al cura que su union haya causado escándalo, porque entonces el reverendo padre está obligado á casarlos gratuitamente.

Las mujeres de los soldados los siguen por todas partes, como sucedia en Francia antes del 89; miserablemente vestidas, pero limpias, estas pobres criaturas me inspiran compasion. Son valientes, tienen gran abnegacion, y prestan grandes servicios por donde pasan, especialmente preparando la cena para el pobre soldado que en campaña no come sino al fin de su jornada y suele hacer etapas hasta de 18 leguas. Llevan á la espalda un lio de ropa y otros menesteres envueltos en el rebozo, cuyas dos estremidades se anudan á la frente ó sobre el pecho. Dos de éstas llevan sus dos rollizos párvulos á caballo sobre el envoltorio.

Hablan entre ellas, pero en un dialecto corrom-

pido, mezcla de indio y español de que no comprendo una palabra, y hablan con esa gravedad melancólica que caracteriza á la raza india, sonriendo á veces, sin reir jamás: la embriaguez solamente puede escitar á esta gente á la risa. Me cuesta trabajo arrancarles algunas palabras; pero en cambio me colman de atenciones que yo no solicito. La comarca que atravesábamos, salvaje y accidentada, estaba cortada por una multitud de arroyos, crecidos por las lluvias: con gruesas piedras puestas de trecho en trecho me facilitaban el paso á pie enjuto, y dos de ellas me prestaban el apoyo de sus hombros para evitar las caidas en un terreno tan resbaladizo. Parecíame mi situacion altamente ridícula en este caso; pero como era el único de este parecer, me dejaba servir sin inconveniente.

El monte de los Cuartos á que llegamos muy luego, es un bosque que cubre una region montañosa en que los caprichos de la naturaleza toman un carácter grandioso y pintoresco. El camino se ha tenido que abrir aquí con gran trabajo en el seno de la roca y está bien conservado. A derecha é izquierda no hay mas que ruinas graníticas, gargantas sombrías, precipicios, escarpas amenazadoras coronadas de pinabetes, de encinas y enebros: en algunos parajes la calzada está suspendida al borde de un barranco profundo, cuyas paredes están tapizadas de verdura y surcadas por torrentes. Hundiendo la mirada en este abismo, veo un águila cerniéndose sobre las copas de los árboles, y en las claras intermedias algunas manchas oscuras que me parecen cabañas: es un panorama cuya audacia produce vértigo.

El lugarejo de Olocote se halla al salir de la montaña y á la entrada de un pintoresco valle cuyo fértil suelo tiene depresiones de nivel que forman escarpas verticales; montañas quebradas y amenazadoras sirven de marco á este bello cuadro. En sus flancos negruzcos se dibujaban estrechas fajas de planta, corrientes de agua que se lanzan desde la cima y se estrellan en su base.

Cerca de Teticlan me alcanzó un ginete que me ofreció amistosamente montarme á la grupa, lo cual no rehusé. Iba armado para la lluvia, segun la expresion local que califica de *armas de agua* dos enormes pieles, de vaca generalmente, que se fijan al arzon de la silla, y que pasando por la cintura del ginete, ponen sus piernas completamente al abrigo de la humedad. Su *sarapa* protegía la parte superior del cuerpo. La *sarapa* es un paño de lana fina, bien tupido y de colores fuertes, abierto por el centro para pasar la cabeza: finalmente, una funda de hule cubria su sombrero de anchas alas.

Mi conductor se desvió un tanto de su camino por venir á dejarme en la puerta de Teticlan, hacienda azucarera, cuya poblacion pertenece á la raza de los indios





Religiosos mejicanos.



Cargador.



Soldados mejicanos.

pintos. Designanse así algunas tribus, cuya epidermis de color menos oscuro, mas amarillento, está manchada de pintas irregulares de un color cobrizo profundo: este capricho de la naturaleza no previene



Traje de camino para la lluvia.

de ningun modo en favor de etos pobres diablos, que por lo demás son sanos y bien constituidos. Sus cabañas están pintoresnamente diseminadas bajo un magnífico arbolado en frente de la iglesia.



Mendigos indios.

Recorriendo estas modestas habitaciones para que en ellas me preparasen alguna tortilla hice conocimiento con un pobre indio del Michoacan que iba pedestremente á Mazatlan á cobrar 3 pesos que le debía un amigo. Era un viaje de mas de 400 leguas entre ida y vuelta, que esperaba hacer un mes, á razon



Mujeres mejicanas.



Quita sol en los mercados.

de 15 leguas por dia. La idea de emprender semejante caminata por 60 reales, parecia insensata ó burlesca, si no fuera tan característica de la pobreza, al mismo tiempo que de la paciencia y sobriedad de esta raza. De camino ejercia una misera industria que le valia la manutencion trasportando de uno en otro